

el ejército mismo de los Mexicanos, que se dexó en el parage del primer adoratorio, reforzado con nuevas tropas y nuevos Capitanes. Reconocieron por la mañana (segun la presuncion, que se ajusta mas con las circunstancias del suceso) la retirada intempestiva de los Españoles: y aunque no desconfiaron de conseguir el alcance, temieron advertidamente, con la experiencia de aquella noche, que no sería posible acabar con ellos antes que saliesen á tierra de Tlascála, si se iban asegurando en los puestos ventajosos de la montaña; y despacharon á México para que se tomase con mayores veras lo que tanto importaba: cuya proposicion fue tan bien admitida en la ciudad, que partió luego toda la nobleza, con el resto de las milicias que tenían convocadas, á incorporarse con su ejército, y en el breve plazo de tres ó quatro dias, se dividieron por caminos diferentes, marchando al abrigo de los montes con tanta celeridad, que se adelantaron á los Españoles, y ocuparon el llano de Otumba: campaña espaciosa donde podian pelear sin embarazarse, y esperar encubiertos. Notables advertencias en lo discurrido, y rara execucion de lo resuelto: que uno y otro se pudiera envidiar en Cabos de mayor experiencia, y en gente de menos bárbara disciplina.

No se llegó á rezelar entonces que fuesen los Mexicanos: antes se iba creyendo al subir la cuesta,

Como pasaron á ocupar aquel sitio

con nuevos socorros de México.

que se habrian juntado aquellas tropas que andaban esparcidas para defender algun paso con la inconstancia y floxedad que solian: pero al vencer la cumbre, se descubrió un ejército poderoso de menos confusa ordenanza que los pasados, cuya frente llenaba todo el espacio del valle, pasando el fondo los términos de la vista: último esfuerzo del poder Mexicano, que se componia de varias naciones, como lo denotaban la diversidad y separacion de insignias y colores. Dexabase conocer en el centro de la multitud el Capitan General del Imperio en unas andas vistosamente adornadas, que sobre los hombros de los suyos, le mantenian superior á todos, para que se temiese, al obedecer sus órdenes, la presencia de los ojos. Trahia levantado sobre la cuja el estandarte real, que no se fiaba de otra mano, y solamente se podia sacar en las ocasiones de mayor empeño: su forma una red de oro macizo pendiente de una pica, y en el remate muchas plumas de varios tintes: que uno y otro contendria su misterio de superioridad sobre los otros geroglíficos de las insignias menores. Vistosa confusion de armas y penachos, en que tenían su hermosura los horrores.

Reconocida por todo el ejército la nueva dificultad á que debian preparar el ánimo y las fuerzas, volvió Hernan Cortés á exâminar los semblantes de los suyos con aquel brio natural que hablaba sin voz á

Descripcion del ejército enemigo.

Salíó á esta faccion el estandarte real.

Buena disposicion de los Españoles.

los corazones; y hallandolos mas cerca de la ira que de la turbación: *Llegó el caso, dixo, de morir ó vencer: la causa de nuestro Dios milita por nosotros.* Y no pudo proseguir, porque los mismos soldados le interrumpieron clamando por la orden de acometer, con que solo se detuvo en prevenirlos de algunas advertencias que pedia la ocasion: y apellidando, como solia, unas veces á Santiago, y otras á San Pedro, avanzó prolongada la frente del escuadrón, para que fuese unido el cuerpo del ejército con las alas de la caballería, que iba señalada para defender los costados, y asegurar las espaldas. Dióse tan á tiempo la primera carga de arcabuces y ballestas, que apenas tuvo lugar el enemigo para servirse de las armas arrojadas. Hicieron mayor daño las espadas y las picas, cuidando al mismo tiempo los caballos de romper y desbaratar las tropas que se inclinaban á pasar de la otra banda, para sitiarse por todas partes el ejército. Ganóse alguna tierra de este primer avance. Los Españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. Los Tlascaltécas se arrojaban al conflicto con sed rabiosa de la sangre Mexicana; y todos tan dueños de su cólera, que mataban con eleccion, buscando primero á los que parecian Capitanes. Pero los Indios peleaban con obstinacion, acudiendo menos unidos que apretados á llenar el puesto de los que morian: y el

Acometen valerosamente.

Cómo peleaban los Indios.

mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los Españoles, porque se iba cebando la batalla con gente de refresco. Retirabase, al parecer, todo el ejército quando cerraban los caballos, ó salian á la vanguardia las bocas de fuego; y volvia con nuevo impulso á cobrar el terreno perdido, moviendose á una parte y otra la muchedumbre con tanta velocidad, que parecia un mar proceloso de gente la campaña, y no lo desmentian los flujos y reflujos.

Peleaba Hernan Cortés á caballo, socorriendo con su tropa los mayores aprietos, y llevando en su lanza el terror y el estrago del enemigo; pero le trahia sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los Indios, porque no era posible que se dexasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de continua operacion: y discurriendo en los partidos que podria tomar para mejorarse, ó salir al camino, le socorrió en esta congoja una observacion de las que solia depositar en su cuidado, para servirse de ellas en la ocasion. Acordóse de haber oido referir á los Mexicanos, que toda la suma de sus batallas consistia en el estandarte real, cuya pérdida ó ganancia decidia sus victorias, ó las de sus enemigos: y fiado en lo que se turbaba y descomponia el enemigo al acometer de los caballos, tomó resolucion de hacer un esfuerzo extraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente que ya conocia. Llamó á los Capitanes

Cuidado en que se halló Cortés.

Notable observacion suya.

Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Christoval de Olid, y Alonso Dávila para que le siguiesen, y guardasen las espaldas con los demás que asistian á su persona: y haciendoles una breve advertencia de lo que debian obrar para conseguir el intento, embistieron á poco mas de media rienda por la parte que parecia mas flaca, ó menos distante del centro. Retiraronse los Indios, temiendo como solian el choque de los caballos: y antes que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron á la multitud confusa y desordenada con tanto ardimiento y desembarazo, que rompiendo y atropellando esquadrones enteros, pudieron llegar sin detenerse al parage donde asistia el estandarte del Imperio con todos los nobles de su guardia; y entretanto que los Capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los pies á su caballo Hernan Cortés, y cerró con el Capitan General de los Mexicanos, que al primer bote de su lanza, cayó mal herido por la otra parte de las andas. Habianle ya desamparado los suyos; y hallandose cerca un soldado particular, que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo, y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba, con el estandarte, que puso luego en manos de Cortés. Era este soldado persona de calidad, y por haber perficionado entonces la hazaña de su Capitan, le hizo algunas mercedes el Emperador, y quedó por timbre de sus ar-

Acomete con sus caballos.

Rompe por los enemigos.

y gana el estandarte real.

que Juan de Salamanca cae en sus manos.

mas el penacho de que se coronaba el estandarte.

Apenas le vieron aquellos bárbaros en poder de los Españoles, quando abatieron las demás insignias: y arrojando las armas, se declaró por todas partes la fuga del ejército. Corrieron despavoridos á guarecerse de los bosques y maizales: cubrieronse de tropas amedrentadas los montes vecinos; y en breve rato quedó por los Españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fugitivos. Importaba deshacerlos, para que no se volviesen á juntar: y mandaba la irritacion lo que aconsejaba la conveniencia. Hubo algunos heridos entre los de Cortés, de los quales murieron en Tlascála dos ó tres Españoles: y el mismo Cortés salió con un golpe de piedra en la cabeza tan violento, que abollando las armas, le rompió la primera tunica del cerebro, y fue mayor el daño de la contusion. Dexóse á los soldados el despojo: y fue considerable, porque los Mexicanos venian prevenidos de galas y joyas para el triunfo. Dice la Historia que murieron veinte mil en esta batalla: siempre se habla por mayor en semejantes casos; y quien se persuadiere á que pasaba de doscientos mil hombres el ejército vencido, hallará menos disonancia en la desproporcion del primer número.

Todos los Escritores, nuestros y estraños, refieren esta victoria como una de las mayores que se con-

Huyen con esto los Mexicanos.

Siguese la victoria.

Murieron dos ó tres Españoles. Cortés herido en la cabeza.

Mueren veinte mil Mexicanos.